



La pesca, en la actualidad, es todavía abundantísima en Constantinopla, y el Balık-Bazar, en sus bellos días, podría ofrecer al autor del *Ventre de París* (1) gran asunto de pomposa y apetitosa descripción, como las grandes mesas de los antiguos cuadros holandeses.

Los vendedores son casi todos turcos y están sentados alrededor de la plaza con los pescados amontonados sobre esteras extendidas en el suelo ó sobre largas mesas, en torno á las cuales, se disputan el puesto una turba de compradores y un ejército de perros.

Allí se encuentran los salmonetes esquisitos del Bósforo, cuatro veces más grandes que los de nuestros mares; las ostras de la isla de Mármara, que los griegos y los armenios saben solos asar á punto sobre las áscuas; los rodaballos y los atunes, que están salados exclusivamente por hebreos; las anchoas, que los turcos aprendieron á salar de los marselleses; las sardinas, de que Constantinopla provee al Archipiélago; los pescados más sabrosos del Bósforo, que se pagan á exajerados precios; la morralla del Mar Negro, que hace siete invasiones sucesivas en las aguas de la ciudad, armando un estrépito que se siente desde las dos riberas; los isdaurid colosales, peces-espá-

(1) Emilio Zola.

das enormes, otra especie de rodaballos, ó como les llaman los turcos, *kalkan-baluk*, peces escudos y otras mil clases menores que nadan entre los mares, seguidos de delfines y buscados por innumerables alciones (1), á los cuales arrancan la presa del pico los perdigones.

Cocineros de bajás, viejos glotonos musulmanes, esclavas, criadas de taberna, se acercan á las mesas, mirando los pescados en actitud mediatubunda; contratan por medio de monosílabos y se van con sus compras suspendidas de una vara, todos graves y taciturnos, como si llevasen la cabeza de un enemigo.

A medio día, la plaza se queda sin gente; los vendedores se han esparcido ya por los cafés vecinos, donde están hasta la caída de la tarde soñando despiertos, con la espalda pegada á la pared y la boquilla del narguilé entre los labios.

Para ir al Gran Bazar, se toma por una calle que desemboca en el mercado de los peces, tan estrecha que los aleros de las casas opuestas casi se tocan, y se sigue adelante un buen trecho, en medio de dos filas de tiendas bajas y oscuras, donde se vende el tabaco, «la cuarta columna de la tienda de la voluptuosidad», después el café, el

(1) Alcion, ave de mar, llamada también *martin-pescador*.

ópio y el vino ó «el cuarto sofá del placer» aunque, como el café, fulminado un tiempo por edictos de sultanes y por sentencias de muftis (1) y ocasion de disturbios y de suplicios que lo hicieron más sabroso.

Toda la calle está llena de tabaquerías. El tabaco se coloca de muestra en los quicios, en pirámides y en montones redondos coronados por sendos limones.

Hay pirámides de *latakíe* de Antioquía, de *tabaco del Serrallo*, rubio y finísimo, que parece seda de la más sutil, de tabaco de cigarrillo ó de *cibuk*, de todas las gradaciones de sabor y de fuerza, desde el que fuma el mozo gigantesco de Galata, hasta el que concilia el sueño á la odalisca aburrída en los kioscos de los jardines imperiales.

El *tombeki*, tabaco fortísimo capaz de marear hasta á un fumador antiguo, si el humo no penetrase en la boca purificado por el agua del *narguilé*, está guardado en botes de vidrio como una medicina.

Los tabaqueros son casi todos griegos ó armenios ceremoniosos, que afectan cierto aire señorial; los compradores forman círculo; allí se detienen los empleados del Ministerio del Exterior

(1) Muftí, sacerdotes musulmanes, letrados, intérpretes de la ley, cuyas sentencias son firmes.

y del Serasquierato, sin que deje de hacer á veces su escapada hasta algun pez gordo; allí se hace política, se vá á recojer noticias y á contar hechos menudos; es un pequeño mercado apartado y aristocrático que convida al reposo y produce, con solo pasar, tambien la voluptuosidad de la cháchara y del humo.

Y siguiendo adelante, se cruza bajo el arco de vieja puerta engalanada de pámpanos, y se sale ante un vasto edificio de piedra atravesado por larga calle recta y cubierta, flanqueado de tiendas oscuras y ocupado por gente, cajas, sacos y montones de mercancías.

Al entrar, se percibe marcado olor de agudísimo aroma que casi impide continuar. Es el bazar egipcio, donde se recojen todas las drogas de India, de Siria, del Egipto y de Arabia, que convertidas despues en esencias, en pastillas, en polvos, en unguentos, van á colorar las caras y las manos de las odaliscas, á perfumar estancias, y baños, y bocas, y barbas, á vigorizar bajás anémicos, á adormecer esposas infelices, á hacer estúpidos á los fumadores, á repartir el sueño, la borrachera y el olvido en la ciudad exterminada.

A poco de discurrir por este bazar, siéntese la cabeza pesada y se huye; pero la sensación de aquel aire caliente y denso y de aquel perfume embriagador, os acompaña todavía buen trecho al aire libre y se conserva viva en la memoria como

una de las más íntimas y significativas impresiones del Oriente.

Saliendo del bazar egipcio, se pasa por enmedio de ruidosos talleres de caldereros, de tabernas turcas que llenan la calle de miasmas nauseabundos, de mil tiendecillas y cajones de estrecha entrada, donde se fabrica y vende multitud infinita de objetos sin nombre, y se llega finalmente al Gran Bazar.

Pero mucho antes de llegar, os asaltan y tenéis que defenderos.

A cien pasos de la gran puerta de entrada, están apostados, como valientes, los corredores de los mercaderes y los corredores de los corredores, que á la primer mirada os han reconocido como forastero, han comprendido que vais al bazar por vez primera, y adivinado poco más ó ménos de qué país sois, tanto, que rara vez se equivoacan de lengua al dirigiros la palabra.

Se acercan con el fez en la mano y la sonrisa en la boca, y os ofrecen sus servicios.

Entonces viene casi siempre un diálogo como este:

—No compro nada—respondeis.

—¿Qué importa, señor? Yo no quiero más que enseñaros el bazar.

—No quiero ver el bazar.

—¡Pero si yo le acompaño gratis!

—No quiero que me acompañen de balde.

—Pues bien; no le acompañaré sino hasta el extremo de la calle, para darle algunos informes que le serán útiles para otro día, cuando venga de compras.

—Pero si no quiero siquiera oír hablar de compras.

—Pues hablaremos de otra cosa, señor. ¿Estais hace mucho en Constantinopla? ¿Estais satisfecho del hotel? ¿Habeis obtenido el permiso para ver la mezquita?

—¡Pero si os digo que no quiero hablar, que quiero estar solo!

—Bueno, os dejaré solo; pero os seguiré á una distancia de diez pasos.

—Pero, ¿por qué me quereis seguir?

—Para impedir que os saqueen en las tiendas.

—¡Pero si no entro en las tiendas!

—Entonces... para impedir que os incomoden en la calle.

En suma, es preciso, ó sacar fuerzas de flaqueza para dejaros acompañar, ó romper de una vez.

El Gran Bazar, por su parte exterior, no tiene nada que atraiga la mirada y haga adivinar su interior.

Es un inmenso edificio de piedra, de estilo bizantino y forma irregular, circundado por alta

murallas grises y coronado por centenares de cúpulas pequeñas, revestidas de plomo y perforadas para dar luz al interior.

La entrada principal es una puerta de arco sin carácter arquitectónico. Por las callejuelas del alrededor no se siente rumor alguno: á cuatro pasos de la puerta puede creerse todavía que tras aquellas murallas de fortaleza no se alberga más que la soledad y el silencio.

Pero apenas se entra, queda uno aturdido. No estais dentro de un edificio, sino de un laberinto de calles cubiertas, de bóvedas arqueadas y sostenidas por columnas y pilastras esculpidas. Estais en una verdadera ciudad, con su mezquita, con sus fuentes, con sus encrucijadas, con sus plazuelas, alumbradas por una luz vaga como la de una floresta espesa, en la que no penetra un rayo de sol, y recorrida por infinita muchedumbre.

Cada calle es un bazar, y casi todas desembocan en una calle principal, cubierta por bóvedas de piedra blanca y negra y decorada con arabescos, como la nave de una mezquita.

En aquella calle semi-oscura, en medio á la multitud ondulante, paran carrozas, camellos y ginetes, que producen un ensordecedor ruido.

En todas partes se apostrofan con palabras y con ademanes. El mercader griego llama en alta voz y gesticula en actitud casi imperiosa; el armenio, tan listo como aquel, pero de más modes-

ta apariencia, solicita con maneras obsequiosas; el hebreo murmura al oído sus ofertas; el turco silencioso, reclinado sobre un almohadon en el dintel de la tienda, no invita sino con los ojos y se entrega al destino.

Diez voces á un mismo tiempo os llaman:— ¡Monsieur! ¡Captán! ¡Caballero! ¡Signore! ¡Eccellenza! ¡Kyrie! ¡Milord!...

A cada vuelta, por las puertas laterales, se ven fugas de arcos y pilares, largos corredores, trozos de callejuelas, perspectivas lejanas y confusas del bazar, y por todos lados tiendas, mercancías colgadas al muro ó al techo, comerciantes atareados, mozos cargados, grupos de mujeres veladas, un pararse y separarse continuo de grupos rumorosos, una confusion de gente y de cosas, capaz de producir el vértigo.

La confusion, sin embargo, no es más que aparente. Aquel inmenso mercado está ordenado como un cuartel, y bastan pocas horas para hallarse en situacion de encontrar cualquier cosa que se busque, sin necesidad de guía.

Todo género de mercancías tiene su pequeño barrio, su callejuela, su corredor, su plazuela. Son cien pequeños bazares que conducen unos á otros como las salas de vastísimo departamento, y cada bazar es al mismo tiempo un museo, un paseo, un mercado y un teatro, en el cual puede verse todo sin comprar nada, tomar café, gozar

del fresco, hablar en diez lenguas y dar gusto á los ojos contemplando las más bellas mujeres del Oriente.

Puede tomarse un bazar al acaso y pasar medio día sin advertirlo: por ejemplo, el bazar de las telas y de los vestidos. Es un emporio de belleza y de riqueza, capaz de hacer perder la vista, la cabeza y la bolsa; es preciso estar en guardia, porque el más leve capricho puede tener por consecuencia el pedir socorro á casa por telégrafo.

Se pasea en medio de montones y torres de brocado de Bagdad, de tapices de Caramania, de sedas de Brussa, de telas del Indostan, de muselinas de Bengala, de chales de Madrás, de cachemiras de India y Persia, de tejidos multicolores del Cairo, de almohadones bordados de oro, de velos de seda ribeteados de plata, de mantos, de tocas con listas azules ó encarnadas, ligeras y transparentes cual gasas vaporosas, de telas de todas clases y de todos dibujos, en los cuales el carmesí, el azul prusia, el verde, el amarillo, los colores más rebeldes á las combinaciones simpáticas, se juntan y se enlazan con un atrevimiento y una armonía inventadas *ad hoc* para quedarse uno con la boca abierta. Tapetes de mesa de todos tamaños con el fondo encarnado ó blanco, recamados de arabescos, de flores, de versículos del Corán, de cifras imperiales, que pasaría uno todo un día contemplándolos, como ante las paredes de la Alhambra.

Allí pueden admirarse una á una todas las partes del vestuario turco señorial, como en la alcoba de un haren, desde el manto verde, salpicado de color jacinto que lo cubre todo, hasta la camisa de seda, el pañolito recamado de oro y el cinturón de raso, al que no puede llegar otra mirada de hombre que la del señor ó la del eunuco. Allí el caftan de terciopelo rojo, ribeteado de armiño y cubierto de estrellas; el corpiño de raso amarillo, los calzones de seda color de rosa, la sobrevesta de damasco blanco, salpicada de flores de oro, el velo de desposada, deslumbrante de lentejuelas de plata, el casaquillo de pana verde, orlado de plumon de cisne, la túnica griega, armenia y circasiana de mil cortes caprichosos, recargada de adornos, duras y relucientes como corazas..., y en medio de todos aquellos tesoros, las telas prosáicas de Francia ó Inglaterra, de colores siniestros, que producen el efecto de la nota de un sastre en medio de las páginas de un poema.

Nadie que ame á una mujer, puede pasar por aquel bazar sin considerar como gran desventura no ser millonario y sin sentir por el momento apoderarse de su alma el furor del saqueo.

Para librarse de esta idea, no hay sino volverse hácia el bazar de las pipas. Aquí la imaginación es conducida á más tranquilos deseos. Hay fajos de las de cibuk, de jazmin, de acero y de rosal; boquillas de ámbar amarillo del mar Báltico, lim-

pio y trasparente como el cristal, de innumerable gradacion de colores y transparencia, ornados de rubíes y de diamantes; pipas de Cesárea, con el tubo forrado con hilos de oro y seda; bolsas de tabaco del Líbano, de raras hechuras y de varios colores y con arabescos y recamados lujosos; narguilés de cristal de Bohemia, de acero y de plata, de bellas formas antiguas, damasquinadas, niqueladas y salpicadas de piedras preciosas, con resplandecientes tubos dorados, y sortijas colocadas sobre algodón y perpétuamente custodiadas por dos pupilas fijas, que al acercarse algun curioso se dilatan como ojos de lechuza y hacen morir en los labios la pregunta del precio á todo el que no sea, al ménos Visir ó Bajá y no haya desangrado por algunos años una provincia del Asia Menor.

Aquí no viene á comprar sino el mensajero de la Sultana, que quiere regalar prendas de gratitud al gran Visir para ponerlo propicio ó el alto dignatario de la córte que al tomar posesion de su nuevo destino se ve obligado por decoro á derrochar cincuenta mil pesetas en rica coleccion de pipas, ó el Embajador del Sultán, que pretende llevar al Monarca europeo espléndidos recuerdos de Stambul.

El turco modesto echa una mirada melancólica y pasa adelante, parafraseando para consolarse la sentencia del Profeta:—"El fuego del infierno bramará como el mugido del camello en el

vientre de aquellos que *fumen en una pipa* de oro ó de plata."

Desde allí se vuelve á caer en la tentacion, entrando en el bazar de los perfumistas, que es uno de los más genuinamente orientales, y de los más queridos del Profeta, el cual decia:—"Mujeres, niños y perfumes"—para dar á entender sus tres más dulces placeres. Aquí se encuentran las famosas pastillas del Serrallo, que perfuman los besos; las cápsulas de goma olorosa, que extraen de la almáciga las fuertes muchachas de Chio, para enviarla á reforzar las encías de las muelles musulmanas; las exquisitas esencias de bergamota y de jazmin, ó aquellas potentísimas de rosa, encerradas en frascos y estuches recamados de oro, de tal precio, que pone los pelos de punta; aquí el colirio para las cejas, el antimonio para los ojos, el *henné* para las uñas, el jabon que hace mórbido el cutis de las bellas sirianas, el depilatorio para destruir el vello del rostro de las hombrunas circasianas, el agua de cedro y de naranjo, los saquitos de musgo, el aceite de sándalo, el ámbar gris, el áloe para perfumar las jícaras y las pipas, miles de miles de polvos, de aguas y de pomadas, bautizadas con nombres fantásticos y destinadas á usos indecibles, que representan cada una un capricho amoroso, un propósito de seducción, un refinamiento de voluptuosidad, y esparcen todas juntas aguda y sensual fragancia que hace ver como en sueños

grandes ojos lánguidos y manos acariciadoras y deja percibir un rumor mezcla de suspiros y de besos.

Toda esta fantasía se desvanece entrando en el bazar de los joyeros y plateros: callejuela oscura y desierta, á cuyos lados hay tenduchas de aspecto mezquino, en las que nadie diría nunca están escondidos, como lo están, fabulosos tesoros.

Las joyas se encierran en cofrecillos de madera de encina, claveteados y acorazados de hierro y puestos delante de la tienda bajo la inspección de los comerciantes: viejos turcos ó viejos judíos de larga barba y mirada aguda, que parece penetra en los bolsillos y se apodera del portamonedas. Alguno está de pié ante su puerta, y cuando pasais cerca, primero clava en vuestros ojos su mirada; despues con un rápido movimiento, os pone delante un diamante de Golconda, ó un zafiro de Ormus ó un rubí de Giamscid, que al menor signo negativo lo retira con la misma rapidez con que lo ha sacado. Otros pasean con paso lento, os detienen en medio del camino, y despues de echar una recelosa mirada alrededor, sacan del pecho un paño súcio, lo extienden y os hacen ver un bello topacio del Brasil ó una hermosa turquesa de Macedonia, mirándoos con ojos de demonio tentador. Otros no hacen más que echar una mirada escrutadora, y no concediándoos traza... de piedra preciosa, no se dignan ofreceros ninguna.

Nadie hace el movimiento de abrir el cofrecillo, así tengais facha de santo ó aire de Crespo.

Los collares de ópalos, las flores y las estrellas de esmeralda, las media-lunas y las diademas rodeadas de perlas de Ofir, los montoncitos desvanecedores de agua-marinas, de venturinas, de ágatas, de granates, de lápiz-lázuli, permanecen inexorablemente ocultos á los ojos de los curiosos sin cuartos, y especialmente á los de un escritor italiano.

Todo lo más á que puede arriesgarse es á pedir el precio de algun *tespi* ó rosario de ámbar, de sándalo ó de coral, para hacer discurrir entre los dedos las cuentas como hacen los turcos, para matar el tiempo en los intervalos de su trabajo forzado.

Para distraerse es preciso entrar en las tiendas de los francos, mercaderes de telas, donde hay géneros para todas las bolsas. Apenas entráis, os rodea un círculo de gente, que no se sabe de dónde ha salido. Nunca es posible hablar con uno solo. Entre el mercader, el sócio del mercader, el corredor y el dependiente, forman siempre una media docena. Si no lo coje uno, lo coje otro; no hay manera de escapar de entre sus manos.

Y no es posible narrar con qué arte, con qué paciencia, con qué obstinación, con qué diabólicos recursos hacen comprar lo que ellos quieren. Piden por cada cosa una exajeración; ofreceis la ter-



cera parte; dejan caer los brazos en señal de profundo abatimiento, ó se golpean la frente con actitud desesperada y no contestan; ó bien se deshacen en un torrente de palabras apasionadas para tocaros el corazón. Sois un hombre cruel, quereis obligarles á cerrar la tienda, quereis reducirles á la miseria, no teneis compasion de sus hijos, no comprenden qué mal pueden haberos hecho para tratarles de aquella manera.

Mientras os dicen el precio de un objeto, el corredor de una tienda vecina os murmura al oido: —No compreis; os engañan.—Vosotros creéis que sea sincero, y á veces está de acuerdo con el comerciante: os dice que os engañan con el chal, para ganar vuestra buena fé y haceros dar de bruces un minuto despues, aconsejándoos comprar el tapiz.

Mientras examináis el objeto, ellos se hablan con gestos, con miradas, con codazos, con medias palabras. Si sabeis el griego, hablan el turco; si sabeis el turco, hablan armenio; si sabeis armenio, hablan español; pero de todos modos se entienden y os obligan.

Si os manteneis firme, os dan un buen jabon; os dicen que habláis bien su lengua, que teneis trazas de caballero y que no olvidarán jamás vuestra bella figura; os hablan de vuestro país, en el cual han estado mucho tiempo, porque han estado en todas partes; os hacen café, os ofrecen

acompañaros á la aduana cuando partais para impedir que abusen de vosotros, ó lo que es lo mismo, para saquearos á vos, á la aduana y á vuestro compañero de viaje, si le teneis. Os ofrecen toda la tienda y no os ponen mala cara si os marchais sin comprar: si no es aquel dia será otro; al bazar teneis que volver, y sus perros de caza os reconocerán; si no caeis en sus manos, caereis en las de sus sócios; si no os hablan como mercaderes, os perseguirán como corredores; si no os ajustais en la tienda, os servirán de introductores en la aduana; el golpe no puede faltar. ¿A qué pueblo pertenecen estas gentes? No se sabe. A fuerza de hablar lenguas diversas, han perdido su acento primitivo; á fuerza de representar aquella comedia, han alterado los rasgos fisonómicos de su raza: son del país que se quiere; hacen el oficio que se desea; son intérpretes, guías, mercaderes, usureros; y sobre todo, artistas insuperables en el arte de engañar al universo.

El comerciante musulman ofrece un campo de observacion completamente distinto. Entre ellos se encuentran todavía aquellos viejos turcos, ya muy raros por las calles de Constantinopla, que son como la personificacion del tiempo de Mahoma y de Bayaceto, restos vivientes del caduco edi-